

EL HUEVO Y EL SALMON

Por Alvar Aalto, arquitecto.

Contestación del arquitecto finlandés Alvar Aalto a una encuesta de la Revista "Domund"

Aunque yo mismo cultivo las Artes, naturalmente nada me impide tratar por escrito los temas relativos al Arte, considerándolos desde el mismo punto de vista que los críticos y teorizantes, que no tienen el Arte como profesión. Un profesional no tiene la imparcialidad de un teórico del Arte en cuanto a la creación artística de su época y enfrente de sus colegas. Por ello no presento aquí más que una serie de reflexiones que se me ocurren como consecuencia de mi propio trabajo creador.

Siempre se han discutido las sagradas relaciones de la Arquitectura y las otras Bellas Artes, y se desea hacerlas revivir. Este deseo se acostumbra a manifestar por una mayor demanda de esculturas y pinturas en los nuevos edificios, o, mejor, se propone una colaboración organizada entre los adeptos de los tres géneros de Arte: la Arquitectura, la Pintura y la Escultura. Supongo que esto sería aproximadamente como un "Congreso de sacerdotes y médicos". Una orden que parece renovarse siempre es la de exigir más pintura monumental en los edificios oficiales.

Estoy muy lejos de ser un enemigo de la pintura en la arquitectura (uno de los países que me son más queridos es Italia), y aseguro que la destrucción de la pequeña cámara de Mantegna, en la iglesia de los Ermitaños, fue un verdadero dolor para mí. Sin embargo, no se me escapa que la cuestión es mucho más complicada que eso. El tema de las relaciones entre la arquitectura y el arte moderno abstracto me parece que podría conducirnos a una solución más segura y más duradera que aquella a que llegaríamos con una asimilación cuantitativa de los diferentes géneros de Arte.

De antemano puede decirse que las formas artísticas abstractas han dado un fuerte impulso a la arquitectura moderna —seguramente de un modo indirecto—; pero el hecho no puede negarse. Y como estas insuficiencias han sido recíprocas, la arquitectura, por su parte, ha influido sobre el arte abstracto: mano a mano se han prestado ayuda recíproca. Esto no es más que lo que debía ser, y ya es bastante.

Cuando tengo que resolver un problema de arquitectura, siempre me encuentro detenido de antemano por la idea de su realización, debido probablemente a las dificultades causadas por la gravedad, por el peso de los diferentes elementos que entran en la realización arquitectónica. Las exigencias sociales, humanas, técnicas y económicas, que se presentan al lado de los factores psicológicos que conciernen a cada individuo y a cada grupo, su ritmo y razonamiento interior, son tan numerosos que forman un complejo que no puede resolverse de un modo racional. Y se presenta una complicación que impide que la realización arquitectónica tome forma.

En tales casos actuó de la siguiente manera, totalmente irreflexiva. Me olvidé de todo ese complejo y me ocupé de alguna cosa que puede caracterizarse como arte abstracto. Empiezo a dibujar dejándome llevar del instinto, y ocurre que de pronto nace la idea, el punto de arranque que reúne los diferentes elementos citados, a menudo contradictorios, y los pone en armonía.

Dibujando la biblioteca de Wipuri (tuve para ello tiempo suficiente: cinco años) me ocupé durante muchas horas en hacer dibujos de niños representando una montaña imaginaria de diferentes formas y con numerosos soles como superestructura celeste, que iluminaban los diversos lados de la montaña con una luz uniforme. En sí, estos dibujos no tenían nada que ver con la arquitectura; pero de ellos nació una relación entre la planta y la sección, que se convirtió en la idea fundamental de la biblioteca. Esta idea consistió en agrupar las salas de lectura y las salas de libros en planos diferentes —como en la falda de una montaña— alrededor de un control central. Y por encima un sistema de soles: el lucernario cónico.

No hablo de estas experiencias personales, hechas en mi tablero, con el propósito de lanzar un método. Creo que una gran parte de mis colegas reconocerán también su propia lucha con los problemas arquitectónicos. Y, además, el ejemplo que doy aquí no tiene nada que ver con la calidad del resultado obtenido. No he citado este procedimiento más que para hacer ver cómo ha nacido mi convicción personal, porque estoy convencido que, al principio, la arquitectura, como los otros géneros artísticos, tienen el mismo punto de partida, que ciertamente es abstracto; pero al mismo tiempo, está influido por todos los conocimientos y sentimientos que hemos venido acumulando en nosotros.

En la exposición que el año 1933 celebramos mi mujer, arquitecto también, y yo, en Londres, presentamos unas planchas con maderas dispuestas de un modo abstracto, pero que tenían una relación directa con los muebles que expusimos y que eran en parte una fusión de las formas y de la construcción de la madera, con ausencia de toda utilidad práctica. En la crítica que hicieron de estas planchas estimaron que se trataba de un arte abstracto en contacto directo con fines prácticos. Puede que tuvieran razón. Ni en 1933 ni ahora quiero llevarles la contraria. No deseo más que añadir esta reflexión: de algún modo, la arquitectura y sus detalles pertenecen a la biología, y su nacimiento tiene lugar probablemente en circunstancias bastantes complejas. Podría quizá compararse la arquitectura al salmón adulto. No nace adulto, ni nada en el mar, en que luego nada, sino lejos, donde los ríos se parten en riachuelos y en arroyos entre las montañas, bajo las primeras gotas de agua que caen de los glaciares.

Igual los primeros impulsos de la arquitectura, que nacen tan lejos de la vida práctica y del resultado definitivo, como lo pueda ser la vida instintiva de los hombres.

Y lo mismo que hace falta tiempo para que las minúsculas huevas del pez lleguen a convertirse en grandes salmones, todo lo que nace en el espíritu humano exige tiempo para desarrollarse. Y la arquitectura precisa más tiempo que ninguna cosa. Para citar un ejemplo —un débil reflejo de los grandes sucesos mundiales— puedo decir que he hecho personalmente la experiencia de un juego que, aparentemente vano e inútil, me ha dado la clave de una serie de formas prácticas desde el punto de vista arquitectónico. Y, por otra parte, pueden citarse muchos casos en que un medio estrictamente arquitectónico ha dado lugar a formas aisladas de arte abstracto, que han dado a los hombres impulsos emotivos importantes.

Un joven pintor checo que me visitó en mi estudio, me decía que hay algo profundamente humano en el arte abstracto, y añadía: "No puedo explicar la conexión, pero mi entendimiento y mi convicción me lo dicen".

Puede ser que el punto importante sea justamente que el arte abstracto es una simplificación que nos permite no experimentar, en su contemplación, al cabo del tiempo un arma humana que la lengua escrita de alguna manera ha perdido. Pero esto, a condición naturalmente, que el arte acepte en su nacimiento y en su desarrollo, la enorme acumulación de la inteligencia, de la naturaleza y de los sentidos del hombre.

¿Cómo ha nacido el capitel jónico? La columna de madera fue el punto de partida, pero su imitación en mármol no fue, de ninguna manera, una imitación realista. Hubo una civilización en que se acumularon muchos más motivos humanos de los que se habría podido suponer en el origen de su construcción; pero no fue precisamente la que actuó de acumulador.

Lo mismo ocurre en nuestro tiempo. Las formas nacen con la construcción como punto de partida, en la naturaleza como en el cuerpo del hombre, pero el resultado es una cristalización simplificada en lugar de una reproducción.

La construcción, en este caso la inteligencia, la razón o como quiera llamarse no es más que una con la creación, y su parte en esta creación es, a veces, muy importante y a veces muy poco. Aquí entran en juego sentimientos indefinibles. Pero hay que considerar que se llega a un grado de desarrollo elevado cuando en el arte moderno se consiguen resultados a la vista de los cuales un hombre, sin estar dotado de inteligencia creadora, puede, gracias a la cristalización de que venimos hablando, recibir impresiones positivas únicamente con la ayuda de esta cosa indefinible que se llama SENTIMIENTO.

Esto que acabo de exponer se refiere a las realizaciones verdaderas y sinceras, no a las formas vulgares y comerciales del arte moderno, que, en nuestros días, son tan numerosas como las malas hierbas.

Me parece que estamos en camino de dar forma a una unidad artística que tenga fuentes más profundas que la reunión superficial de las distintas artes; y su punto de partida ha de ser el status nascendi. Es evidente que estamos en el comienzo de este proceso, pero en el desarrollo cultural cada período es de un valor igual y no podemos estimar el arte arcaico inferior a la Acrópolis y el arte de Giotto inferior al de sus colegas que le han continuado en el tiempo.